

# Huaquería y arqueología. Una propuesta decolonial en *Canto de sirena* (1976) de Gregorio Martínez Navarro

Pothunting and Archaeology. A Decolonial Proposal in *Canto de sirena* (1976) by Gregorio Martínez Navarro

Huaquería e arqueología. Uma proposta decolonial em *Canto de sirena* (1976) de Gregorio Martínez Navarro

## Ulises Zevallos Aguilar

UNIVERSIDAD DEL ESTADO DE OHIO, ESTADOS UNIDOS

Docente investigador de la Universidad del Estado de Ohio, Columbus,

EE.UU. PhD por la Universidad de Pittsburgh, EE.UU. Dentro de sus últimas obras publicadas se encuentra *Literatura y cultura en el Sur Andino. Cusco-Puno. Siglo XX-XXI* (Ministerio de Cultura del Perú, 2018). Es coeditor, junto con Andrea Echevarría y Juan

Sánchez, de “Keepers of Minerals, Forests, and Waters. Cinema, Literature, and Art against Extractivism in Latin America”.

Volumen monográfico de *Diálogo, an Interdisciplinary Studies Journal* (Center for Latino Research, DePaul University Vol. 22, N.º 1, 2019). Correo electrónico: zevallos-aguilar.1@osu.edu

Artículo de investigación

Documento accesible en línea desde la siguiente dirección: <http://revistas.javeriana.edu.co>

doi:10.11144/Javeriana.cl23-45.hapd



**Resumen**

Este artículo trata sobre la colonialidad del saber que ejerce la arqueología andina sobre la huaquería. Para demostrar esta relación asimétrica en la que un conocimiento local contribuye al desarrollo de una ciencia universal, se estudia la relación entre el huaquero Candelario Navarro y el arqueólogo Julio C. Tello, que es narrada en la novela/testimonio *Canto de sirena* (1979) de Gregorio Martínez Navarro. Asimismo, se explora el aprendizaje de los procedimientos y protocolos de la arqueología de parte de los huaqueros para mejorar su oficio, que ha dado como resultado un conocimiento fronterizo. Sin embargo, los huaqueros siguen ubicados en una posición subordinada en el mercado global de restos arqueológicos.

*Palabras clave:* colonialidad del saber; arqueología andina; huaquería; conocimiento fronterizo

**Abstract**

This article discusses how Andean archaeology affects pothunting in terms of the colonialism of knowledge. To demonstrate this asymmetric relationship, in which a local knowledge contributes to the development of a universal science, the study focuses on the relationship between Candelario Navarro, a *huaquero* (pothunter) and the archaeologist Julio C. Tello, characters in *Canto de sirena* (1979), a novel/chronicle of Gregorio Martínez Navarro. The study also addresses how learning archaeological procedures and protocols helped *huaqueros* enhance their trade skills, which resulted in a cross-border knowledge transfer. However, *huaqueros* are still subjected to a subordinate position in the global market of archaeological remains.

*Keywords:* colonialism of knowledge; Andean archeology; pothunting; cross-border knowledge

**Resumo**

Este artigo trata sobre a colonialidade do saber exercido pela arqueologia andina sobre a huaquería (NT: busca de panelas e potes com restos arqueológicos e figuras de ouro e prata ou pó de ouro enterrados pelos índios). Para demonstrar esse relacionamento assimétrico, em que um conhecimento local contribui ao desenvolvimento de uma ciência universal, estuda-se a relação entre o huaquero Candelario Navarro e o arqueólogo Julio C. Tello, que é narrada no romance/testemunho *Canto de sirena* (1979) de Gregorio Martínez Navarro. Da mesma forma, explora-se o aprendizado dos procedimentos e protocolos da arqueologia de parte dos huaqueros para melhorar seu oficio, o que resultou em um conhecimento de fronteira. No entanto, os huaqueros permanecem em uma posição subordinada no mercado global de restos arqueológicos.

*Palavras-chave:* colonialidade do saber; arqueologia andina; huaqueria; conhecimento de fronteira

RECIBIDO: 7 DE NOVIEMBRE DE 2016. ACEPTADO: 8 ABRIL DE 2017. DISPONIBLE EN LÍNEA: 30 DE JUNIO DE 2019

**Cómo citar este artículo:**

Zevallos Aguilar, Ulises. "Huaquería y arqueología. Una propuesta decolonial en *Canto de sirena* (1976) de Gregorio Martínez Navarro". *Cuadernos de Literatura* 23.45 (2019): 397-413. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.cl23-45.hapd>

LA CRÍTICA DECOLONIAL, cuando estudia la colonialidad del saber, nos hace dar cuenta de que la subalternidad de un conocimiento está ligada a los dictámenes de una epistemología occidental hegemónica que jerarquiza modos y concepciones de conocimiento. Si compete en la solución de un problema lo subalterniza con dicotomías en las que el conocimiento occidental es superior y los otros conocimientos son irracionales. Cuando la modalidad de conocimiento no está vinculada a la educación formal en sus diversos niveles, que van desde la primaria a estudios de doctorado, es despreciada. Si su utilidad está pensada en términos comunitarios no tiene mucho valor en el mundo contemporáneo. Por ello su producción no lleva al éxito económico personal y consiguiente ascenso social. El poseedor de un saber subalterno consigue el reconocimiento y aprecio de su comunidad y su aplicación asegura la sobrevivencia. Cuando es utilizado para la producción de conocimiento hegemónico, su contribución es borrada o negada (Lander, De Sousa Santos, Grosfoguel).

La novela/testimonio *Canto de sirena* (1976) del escritor afroperuano Gregorio Martínez Navarro (1942-2017) hizo reflexionar a los lectores sobre estos asuntos hace más de treinta años. Recupera y da valor a varios conocimientos subalternos de una comunidad rural afroperuana desperdigada en los límites de los departamentos de Arequipa e Ica. Candelario Navarro es el narrador/testimoniante. Lleva los sobrenombres de Candico y Candi y es configurado como un anciano de 81 años que tiene plena conciencia de ser zambo. Es decir, es descendiente de indígenas y esclavos negros. Navarro es portavoz de saberes femeninos y masculinos de talentosas personas que contribuyeron a la prolongación de la vida de esta comunidad. Da testimonio de la existencia de mujeres y hombres talentosos, portadores de conocimientos especializados útiles para la comunidad. Ellos saben esterilizar animales como su prima Carmen del Barrio (129), sacrificarlos con un solo golpe de puñal como su hijo Eduardo (83); son huaqueros como su tío Metreque, (108), inventores de máquinas y constructores de herramientas como Cecilio Uvidia (69); son curanderos como el doctor chino Pun Sen (82), escultores como Epifanio Gamboa (87), versadores como su madre y Galagarza (53) y naturistas como Alva (145), semi o analfabetos. En palabras de Antonio Cornejo, cuando se refiere a los personajes de *Canto de sirena* y *Crónica de músicos y diablos*, todo este grupo constituiría:

algo así, extremando un poco las cosas, como una élite alternativa, portadora de tradiciones culturales marginadas y al mismo tiempo

productora de redes simbólicas complejas, con estrategias cognitivas, estéticas y pragmáticas suficientes para organizar significativamente una cierta experiencia del mundo que el país oficial ha decidido despercibir o despreciar. (31)

Candelario Navarro tiene conciencia de poseer curiosidad intelectual y una mente especulativa (88). El crítico literario Roland Forgues declara sobre este asunto: “Candico insiste varias veces en su ‘apego a la cavilación’, en su afición a lo especulativo desde muchacho” (67). Navarro ha observado, imaginado y puesto en práctica varios de estos conocimientos a lo largo de su existencia. Los aprende y aplica en las ocupaciones dependientes e independientes que ha ejercido en diferentes fases de su vida. En su niñez fue sirviente en la casa hacienda. En su juventud y adultez trabajó como capataz en una fábrica de ladrillos en Lima; fue mayordomo de una hacienda; practicó la huaquería ocasionalmente en espacios donde se desarrollaron las culturas Nazca y Paracas; fue guardaespaldas, agricultor y curandero de males de amor. En su vejez, Candelario Navarro ejerce principalmente las ocupaciones de agricultor independiente y curandero. A pesar de que por primera vez tiene autonomía económica, por ser beneficiario de la Reforma Agraria (1969) del gobierno de Juan Velasco Alvarado, es muy crítico de ella (144, 145). Pareciera que tiene nostalgia sobre el régimen de hacienda en el que se acomodó bien. Según Valenzuela Garcés, “el protagonista [de *Canto de sirena*] reconoce haber colaborado con ese sistema, marginando a sus propios compañeros o amigos” (23). Tiene pocos buenos recuerdos de sus trabajos dependientes en comparación a las agradables memorias de las labores independientes que le dieron las mejores satisfacciones de su vida.

Los diferentes conocimientos y oficios de Candelario Navarro, el protagonista de la novela testimonio, llevan a calificarlo como multifacético y migrante. Estas dos características le han permitido sobrevivir en un espacio social de mucha pobreza, evitar el trabajo duro y mantener una relativa independencia. Nació y vivió en una zona desértica donde las mejores tierras con riego pertenecían a las grandes haciendas: “ahí están todavía vivos muchos de los que me han visto cómo he sido, siempre quitándole el cuerpo al sol, a la lampa, urdiendo el modo de resbalar el lomo y no ponerlo allí donde el peso era más cargado” (97). Aún en su vejez sigue creándose trabajos para asegurar su sobrevivencia. Al respecto declara, “ahorita mismo a los 81 años andando en los 82 paro inventando oficios,

pero abro la boca y no me embrollo con las mentiras ni con la adulonería en favor de los poderosos” (97).

En suma, en la representación de Candelario Navarro, como sujeto subalterno (provinciano, zambo y campesino) trabajador y multifacético, “ya no se trata del negro analfabeto e ignorante como nuestra literatura había descrito” (Carazas 74). De todas sus ocupaciones le tiene especial afecto a la de huaquero, que desempeñó muchas veces por encargo y decisión propia. Esta le dio mayores satisfacciones. Siente que sus conocimientos sobre huacos y tumbas precolombinas fueron valorados y han contribuido al desarrollo de la arqueología. La huaquería le permitió conocer gente interesante y darse cuenta de que la arqueología formaba parte de flujos económicos globales. Interactuó con el padre de la arqueología peruana Julio C. Tello (1880-1947) y conoció a uno de los amores de su vida, la arqueóloga suiza María Gu, quien prometió volver al Perú, pero no lo pudo hacer debido a un accidente que la postró en una silla de ruedas (34-35, 59). Sin embargo, a pesar de sus talentos de huaquero es consciente de que lleva a la práctica un saber subalterno. Precisa que de la huaquería sacan mayor beneficio los traficantes de reliquias arqueológicas en un dinámico mercado internacional que corrompe a autoridades, arqueólogos y curadores de museos. Por ejemplo, estos últimos le contratan para conseguir piezas con el fin de incrementar la colección del museo local de Nazca, pero luego las sustituyen con réplicas (37). Él también saca provecho de esta economía informal, aunque a menor escala. Sus talentos de huaquero le permiten tener ingresos fijos e integrarse a la producción de conocimientos de la ciencia hegemónica de la arqueología. La hegemonía de la arqueología peruana radica en que siempre ha recurrido a la huaquería para lograr un conocimiento científico de civilizaciones desaparecidas. Sin ella, su desarrollo sería más lento y complicado. Como pruebas de esta dependencia recuérdese que en los mayores “descubrimientos arqueológicos” ocurridos en el Perú del siglo XX, los sitios ya eran conocidos y explotados por las poblaciones locales. El mismo patrón se repite en los “descubrimientos científicos” de Machupicchu por Hiram Bingham (1912), las necrópolis Paracas por Julio C. Tello (1926) y la tumba del Señor de Sipán de la cultura Moche por Walter Alva (1987). Estos sitios eran huaqueados sistemáticamente antes de la intervención de arqueólogos peruanos o extranjeros. Los huaqueros, en vez de estar en una carrera contra el tiempo para descubrir y hacer público su descubrimiento como los arqueólogos, han concebido a la huaca como una

cuenta de ahorros que utilizan para complementar su economía casera. No hay huaqueros de tiempo completo. Los huaqueros se dedican casi siempre a otras actividades económicas, como Candelario Navarro. Es decir, buscan, encuentran y comercializan las piezas cuando necesitan dinero para solucionar emergencias o invertir sumas mayores a sus ingresos. No persiguen el enriquecimiento rápido con una venta enorme que los pueda sacar de la pobreza. Así, los arqueólogos se enteran de la existencia de una nueva huaca cuando valiosas reliquias comienzan a circular en el mercado clandestino de restos arqueológicos. Por ejemplo, en el caso del descubrimiento de las necrópolis Paracas, los tejidos ya estaban a la venta en 1915. Julio C. Tello los compró y empezó a indagar sobre su procedencia. A Tello le llevó diez años averiguar de dónde provenían tan sofisticados textiles. Recién en 1925 un informante señaló la ubicación y empezaron las excavaciones arqueológicas que le dieron fama (Tello 249-254; Daggett 27-28). Un caso más cercano es el descubrimiento de la tumba del señor de Sipán. Los arqueólogos recibieron información de que valiosos huacos y objetos de oro estaban siendo vendidos. Los huaqueros luego de ser identificados fueron seguidos, en secreto, por los arqueólogos y la policía. Cuando los huaqueros llegaron al sitio para iniciar otra jornada, la policía intervino, apresó a un huaquero y mató a otro. Al día siguiente, empezó la investigación arqueológica del Dr. Alva y su equipo, quienes fueron considerados los descubridores de la tumba en 1987.

Definitivamente existe una interacción entre dos saberes sobre el legado de las civilizaciones Nazca y Paracas en *Canto de sirena*. Blas Puente Baldoceda fue uno de los primeros en darse cuenta de que la obra literaria presenta una confrontación entre una “postura científica” y una “postura folklórico-mítica” (176). Si bien se pueden encontrar tensiones, diría que hay un intercambio cultural en un contexto social y económico asimétrico donde la arqueología es un conocimiento hegemónico y la huaquería es un saber subalterno. Candelario Navarro, a pesar de la conciencia de la subalternidad de su saber y de su posición, trabaja en cuadrillas de arqueólogos. Aparte de los ingresos adicionales que consigue, siente que está contribuyendo al mejor conocimiento de sus antepasados, sobre los que tiene mucho orgullo. Por esta razón coincido con Margarita Saona acerca de no considerar su saber contrahegemónico (105). Se podría calificar a la huaquería como un conocimiento fronterizo en el que se puede encontrar definitivamente una epistemología afro-quechua que negocia y se complementa con la epistemología occidental de la arqueología. La

huaquería estaría enmarcada en una situación de permanente contacto de la cultura afro-quechua con otras culturas desde el siglo XVI en el departamento de Ica. En este sentido, Jorge Marcone indica que la “principal característica del mundo de Candelario Navarro [...] es que no es un estado primitivo del mundo moderno sino que se constituye en el sincretismo de éste con otras tradiciones culturales” (243). En otro nivel de análisis, la novela parodia el discurso etnográfico tal como acertadamente lo estudia Amy Fass Emery. Según Emery, pareciera que *Canto de sirena* en varias instancias está parodiando los informes etnográficos de Julio C. Tello (85-86). El propósito de esta parodia es demostrar las contribuciones de la huaquería al desarrollo de la arqueología en el caso peruano.

Ayuda mucho a explorar la producción de este conocimiento fronterizo, cuando se estudian los trabajos que Candelario Navarro realizó con el arqueólogo Julio C. Tello. *Canto de sirena* proporciona suficiente información para sostener que Navarro (niño y joven) aprendió en la práctica la huaquería, de su tío Metreque y su cuadrilla antes de trabajar con Tello. Su tío le enseñó sobre los diferentes ordenamientos de las tumbas y los riesgos que conlleva la excavación (108). Cuando alcanza la adultez, la relación laboral que establece con Tello lo lleva a mejorar sus habilidades de huaquero. Gracias a sus nuevos conocimientos de la arqueología alcanza una buena reputación que lo lleva a obtener empleo de otras personas y a ser recontratado por Tello. “Antes que yo aceptara venir a [huaquear] a Coyungo, ya era otro, muy distinto al que fui en Nasca, en Acarí, y en los quintos infiernos a donde me llevó el apego a la huaquería, a la excavación concienzuda que aprendí con el doctor Tello” (40). En pocas palabras, Navarro disfruta su aprendizaje del método científico de la arqueología de Julio C. Tello: “con el doctor Tello en Cahuachi, Estaquería, apuntábamos todo en un cuaderno, dos eran los que escribían por si acaso uno fallara, esa precaución tenía el doctor Tello para todo” (109). La investigación científica en la arqueología que introdujo Tello, que se puede resumir en observación, inducción, hipótesis y verificación (Ángeles Caballero, 12), legitima el sentido común que había desarrollado Navarro desde niño. También aprende el lenguaje y la periodificación de la antropología cuando habla de la “civilización de las totoras” (35).

La actitud positiva de Navarro frente a los protocolos de la arqueología contrasta con el recibimiento que tuvo Julio C. Tello, arqueólogo quechua, entre los especialistas en el pasado peruano. Para Tello la investigación arqueológica era una aliada natural de las luchas de los indígenas

peruanos, porque servía para reivindicar sus logros históricos y talentos (Burger 4). Para cumplir su compromiso con el mejoramiento de su “raza indígena”, escogió la arqueología y la política (Daggett 7). Esta posición llevó a Tello a debates y a disputas institucionales. Los historiadores hispanistas, entre ellos Emilio Gutiérrez de Quintanilla, ofrecieron gran resistencia al trabajo de Tello por su opción indígena. Pero para evitar el debate ideológico-político atacaron a Tello en términos disciplinarios. Así, se opusieron al modo de operar de la arqueología que iba alcanzando rápido prestigio por su rango de ciencia. No les gustaba que Tello privilegiara el trabajo de campo basado en la memoria oral, una versión de la etnohistoria. Obviamente ellos privilegiaban los documentos escritos depositados en archivos y bibliotecas (Daggett 19-25). Para ver la eficacia de su método de trabajo, como se vio en el caso del descubrimiento de la necrópolis Paracas, Tello primero leía fuentes primarias y secundarias escritas, luego observaba qué novedades se vendían en el mercado de restos arqueológicos, y por último buscaba informantes para que le indicaran los lugares de donde extraían las piezas. Después de ubicar el sitio, iniciaba la excavación siguiendo los métodos de la arqueología. Los historiadores tradicionales privilegiaban la lectura de fuentes escritas para indagar sobre el pasado.

Candelario Navarro lanza algunas críticas al desarrollo de la ciencia occidental desde una perspectiva afroperuana. La exhibición de rocas lunares traídas por varias naves del proyecto Apolo de la NASA en la ciudad de Ica, como parte de una gira que organizó la Embajada norteamericana en varias ciudades del Perú a principios de los setenta, le lleva a reflexionar sobre la ciencia y tecnología occidental. Para él, muchos de los inventos son superfluos y no ayudan a solucionar los problemas básicos de la humanidad, como el hambre. Al respecto declara: “En lugar de la diversidad de inventos inútiles que solo sirven para matar gente y sembrar hambruna, deberían dedicarse a inventar comida aunque sea de hierba [...] esos sabios que inventan bomba, cohete, ya deberían haber hecho alimento, bitute, para atajar la hambruna que cada día se nos pega más” (145). En lo que respecta a la arqueología, sus críticas no son explícitas. Ya se dijo que para Candelario Navarro fue un placer trabajar con Tello en los planos personal y laboral. Navarro está contento de colaborar con el padre de la arqueología peruana en la investigación de restos arqueológicos Nazca y Paracas en el departamento de Ica. Indirectamente reconoce que ha contribuido también a la escritura de artículos, informes y libros



sobre las excavaciones, usando la primera persona del plural: “Todo lo que descubrimos con el doctor Tello en Pachacamac, en Paracas, en Cahuachi, en Estaquería, también está ahí [Biblioteca Nacional], metido en varios libros” (47). Aparte de formar parte de las cuadrillas de excavación, Tello le dio trabajo en uno de los museos de arqueología que fundó: “en el Museo, que me puso ahí el doctor Tello yo no dejaba que nadie agarrara el huaco, la pieza de oro” (143). Navarro también utiliza su relación de trabajo con el prestigioso arqueólogo para seducir mujeres. Quizás Tello le recomendó a María Gu, la arqueóloga suiza, pero cuando seduce a una secretaria en Lima utiliza el prestigio de Tello para simular solvencia económica y honestidad:

“Hice bien en ofrecerle hasta avión para llevarla a Nasca, el doctor Tello ha venido a buscarme para ir a hacer excavaciones en mi tierra le dije. [...] por eso me iba a ir con el doctor Tello a Nasca, a seguir las excavaciones y que yo quería que ella también fuera para que conociera las ruinas tan mentadas, y los acueductos, en avión ni va a sentir el viaje, la animaba. (136)

Gregorio se lleva bien con Julio C. Tello. Admira su modo de ser, su sabiduría y su habilidad para proponer hipótesis: “No soy el doctor Tello que para todo tenía explicación y si no se quedaba cavilando hasta que le encontraba” (67). Da cuenta de que era campechano y tenía mucho carisma para tratar a sus trabajadores: “Me abrazó fuerte y se echó a reír como un loco, era un cholo panzón y confanzudo, diestro y conocedor como no he conocido otro” (109). Navarro da testimonio de que Tello estaba siempre dispuesto al diálogo. En una oportunidad discute con él sobre la representación de la masturbación masculina en un huaco: “En Estaquería encontramos una cerámica esculpida donde el hombre estaba parado y había hecho un hueco en el tronco de un yauco que tiene una babasa como jaboncillo, y ahí tenía metida la pichula” (142). Mientras para Navarro este era un acto contranatura y vicioso, para Tello se trata de un acto ritual de fecundidad:

y yo le digo al doctor Tello: creo que esto ya no es por ritual, doctor ¡Cómo que no!, me dice, lo que pasa es que seguramente este hombre es estéril y quiere que el yauco, que es una planta muy fecunda, le pase su fecundidad, ¿no estás viendo que esa planta pare frutos que es una bendición? Eso me dijo el doctor Tello. (142)

Por el respeto que genera la capacidad de razonamiento de Tello, Navarro para la conversación, pero en su testimonio insiste en su punto de vista enriquecido por la especulación de Tello: “por eso creo que existe una perversión que es por ritual y otra por puro vicio y mañosería como la de esos que van a la iglesia a mirarle la pierna, el culo a esas que van con el vestido bien apretado” (142). De algún modo, en este diálogo con puntos de vista distintos se ven dos modalidades de pensamiento. Claro está que la interpretación de Navarro está basada en un prejuicio sobre los seres humanos, donde hombres y mujeres tienen una tendencia a la perversión para satisfacer sus deseos. La especulación de Tello trata de ser racional. Su conexión está sustentada por una hipótesis que tiene una evidencia tangible.

Aparte de señalar las contribuciones de la huaquería a la arqueología, en *Canto de sirena*, en un esfuerzo decolonizador, se propone a la huaquería como una especialidad del saber humano que llega a tener el rango de ciencia en dos niveles. En el primero, el autor del texto, Gregorio Martínez, titula las dos secciones que tratan el tema de la huaquería: Historia Científica I (30-34) y II, con el propósito de equiparar a la huaquería con la arqueología. En el segundo nivel, sobre el que me interesa profundizar, la huaquería, según el testimoniante Candelario Navarro, cuenta con su propia teoría y metodología. El huaquero necesita un conocimiento previo (teoría) con sus propias hipótesis para operar con eficacia. Estas declaraciones las hace cuando Candelario Navarro retorna luego de treinta y dos años a Coyungo, su tierra natal. El motivo principal de su regreso es huaquear por encargo del hacendado José Enrique Borda, cuando Julio C. Tello estaba muy enfermo o posiblemente ya muerto: “José Enrique Borda me mandó y me dice vete a Coyungo que necesito unos huacos para mandar a la Argentina” (69). El hacendado es su patrón de turno que quiere hacer un regalo personal al presidente argentino Juan Domingo Perón cuando ejercía su primer gobierno (1946-1952). Coyungo se ubica en una zona con muchas ruinas donde se ha dado un gran tráfico de restos arqueológicos por parte de comerciantes inescrupulosos que proveen artefactos a museos y coleccionistas extranjeros. Esta región fue cuna del desarrollo de dos grandes civilizaciones prehispánicas: las sofisticadas culturas Nazca y Paracas. Los Nazca se caracterizaron por ser eximios ceramistas; los Paracas fueron excelentes tejedores.

Luego de los grandes descubrimientos arqueológicos de la primera mitad del siglo XX, crece la demanda de objetos arqueológicos y se convierten en mercancías globales. Candelario Navarro da cuenta de sus

efectos a nivel local cuando se da cuenta de la corrupción de administradores de museos que reciben sus donaciones o le encargan encontrar huacos para luego sustituirlos por muy buenas réplicas que un ojo conocedor identifica. Del mismo modo, aparece una legión de huaqueros improvisados que solo buscan piezas decorativas y valiosas y destruyen el resto de artefactos que rodean a la momia. Por sus ansias de enriquecimiento rápido se multiplican los accidentes de trabajo y disminuye la calidad de vida de los huaqueros. Muchos mueren durante la excavación o más tarde por tensión o contaminación de sus cuerpos (30).

Candelario Navarro, cuando narra su llegada a Coyungo, se describe como un experto que posee instrumentos idóneos para ejercer su especialización. Lleva un maletín en una mano y varias sondas en la otra: “Aparecí sólo, únicamente con mi maleta de exhibición en una mano y mi sonda de mecha como bastón en la otra” (15). Páginas más adelante, Candelario habla sobre los conocimientos y habilidades específicas que necesita el huaquero. Debe tener “fundamento” (teoría) y debe contar con sus herramientas de trabajo, un “juego de sondas legítimas de acero curado, pura seda, no de fierro con pesuntes de fábrica como esos que usan los profanadores de pacotilla” (30).

El instrumental del verdadero huaquero debe ser muy variado. Tiene una sonda especial para cada tipo de suelo que encuentra: “un huaquero verdadero, fino, de experiencia trabaja con varias sondas, mejor dicho con una utilería bien surtida que para cualquier caso, para el más menudito, tiene su correspondiente exacto y aseñalado o hasta con marca y número” (30). En este sentido, Candelario Navarro describe las mejores sondas. Estas son de varios tamaños, su material es de acero curado y tienen en la punta una hendidura donde salen muestras de la exploración. Y continúa:

Hay varios tamaños de sonda. Las legítimas, de acero curado que nos las planta en la sombra de la bruja voladora y ¡patapás! Cae enredada en las alas que se ha prestado de algún pato negro y tuerto. Todas tienen una uñita rajada en la punta que es la mecha donde sale la marca del cateo. Se hace girar la sonda con mucho tiento, luego se saca y entre la uñita aparece una hilacha de algodón que con seguridad es del tejido burdo de pabito blanco que envuelve a la momia. (31)

Luego describe el desperdicio que hacen los huaqueros luego de huaquear: “el pabito blanco que envuelve a la momia y que es más grande que una sábana, de trama tosca que en toda huaquería hay abandonado como

trapo inservible, en tanta abundancia” (31-32). En cambio, Candelario Navarro recicla estos materiales milenarios convirtiéndolos en suvenires, con la ayuda de su mujer, para los turistas:

de vez en cuando agarro una brazada de los más conservados y me los llevo a la casa y después le digo a Donata: tú que bordas primores dibújales con este hilo de huaca unas figuritas como la de este huaco que cualquier día de estos llega uno de los que andan buscando antigüedades para adorno y se los vendemos para que regrese a su sitio contento. (32)

Para Candelario Navarro el huaquero debe tener ciertas virtudes y seguir procedimientos precisos para alcanzar el éxito en su oficio. El huaquero debe ser muy buen observador, “debe poner tino, rastrear lo mínimo, sea una piedrecita, una arenisca movida, porque lo más insignificante, la pequeñez más ridícula en apariencia, necesita un estudio y una definición bien en regla para que cualquier persona, sin la obligación de ver en la huaca, sepa y entienda el significado de lo que hay ahí dentro” (30). Los atributos que pide para el huaquero son los mismos que para un hombre de ciencia: observador, paciente, cuidadoso, y tener una buena base teórica para resolver el problema. Él no acepta de ningún modo la improvisación, el descuido y desorden. Para demostrar que el huaquero tiene una metodología, la contrasta con el quehacer del profanador y define sus procedimientos de trabajo. Mientras el profanador trabaja

como si fuera un chanco que hocea la tierra en busca de ñucos y lombrices, el huaquero de oficio y ciencia que procede con preocupación y de un modo distinto hasta en la manera de acomodarse para hundir la sonda en la tierra que de ver nomás uno se queda sorprendido, admirando ese quehacer meditado y calmoso que meticulosamente sigue una pauta, un orden. (31)

De este párrafo se deduce que el huaquero tiene una rutina de trabajo, que debe cumplir un orden preciso de acciones. El huaquero:

jamás empieza a ciegas, no, antes de iniciar una excavación, primero realiza un cateo minucioso, punto por punto [...] en ese momento el juego de sondas es la luz lutrina con la cual uno ilumina la oscuridad [...] no se puede andar a ciegas porque una piedra filuda, una espina, le sacan a uno la quinta maña y san se acabó. (31)

Después, explica la manera de indagar sobre el contenido de una huaca con la sonda: “Se hace girar la sonda con mucho tiento, luego se saca y entre la uñita aparece una hilacha de algodón que con seguridad es del tejido burdo de pabito blanco que envuelve a la momia y que es más grande que una sábana” (31).

El huaquero debe acumular varios conocimientos específicos que le permiten tener un procedimiento de trabajo para operar con eficacia. Primero debe saber utilizar la sonda; en segunda instancia, debe tener un conocimiento pormenorizado de los suelos, y por último, debe conocer el orden del interior de la huaca. Entre los tipos de suelo, habla en especial del suelo calcáreo, que presenta la mayor cantidad de desafíos al trabajo del huaquero: “Hay terrenos calichosos donde la cerámica está petrificada, formando un solo cascote de cemento bien sólido, que se necesita echarle bastante agua y dejarla luego hasta el día siguiente para que toda la sal se diluya, otras veces se encuentra que adentro de una capa de caliche, oculta, está la huaca” (33).

Los constructores de la huaca han organizado el espacio con una lógica que el huaquero debe conocer y respetar. Según Navarro, el huaquero “sabe que una huaca, desde los contornos hasta el mismo plano donde está el muerto, es un orden que ha sido puesto ahí con algún fin [...] El sabe que lo más minúsculo tiene un significado” (33). Asimismo, el huaquero debe saber que las huacas tienen diferentes diseños y fueron construidas con distintos materiales. Una huaca con barbacoa, sea de carrizo, sea de palo, sea de chilca; una huaca “rellena con tierra suelta y polvosa, muerta, que jode los pulmones; o puede ser una huaca que tenga la boca tapiada en adobes, con piedras laka, una sola, grande como lápida, y a los costados charamusca de cañabrava, hojas de pacay, grama dulce, chusco de guarango” (33).

La descripción de la huaca propiamente dicha es hecha con minuciosidad. La momia se encuentra mirando siempre el lugar por donde sale el sol. Los objetos mantienen siempre un orden:

Al lado derecho de la momia está la mejor pieza, el huaco de más valor que el muerto ha preferido en vida y se lo ha puesto para darle gusto [...]. En el lugar donde está sentado existe un hueco hecho adrede y que aparece tapado con un adobe, en ese sitio que parece que fuera el cagadero que le han acomodado para que cague toda la vida que va a vivir en la muerte, ahí también, con seguridad, hay una buena pieza [...]. El que sabe no conforme con eso, ni con lo que están sueltos a su alrededor [...] rasca el barro a detrás de la espalda y encuentra que en una hornacina bien disimulada hay otro huaco. (33-34)

Al igual que cualquier actividad humana, la huaquería tiene sus riesgos. Cuando el huaquero no cumple los procedimientos y no respeta el orden de la huaca puede perder la vida. Así no tiene que oler líquidos ni vapores de objetos sellados, ni beber ni comer ningún alimento que se encuentre en la huaca: “bajó Genovevo Pillaca, el más flaco y chiquito, ¡aquí hay una botellita con agua!, grita y la quería destapar, ¡no la destapes!, le grito, ¡no, cojudo!, grita también mi tío Metreque. Con ese vaho, ¡cuántos han muerto!, unos por inexpertos otros por apresurados que no se detienen a pensar antes de proceder” (109). Sin embargo, por el hambre y curiosidad reconoce que los huaqueros se arriesgan cuando comen maíz tostado o se emborrachan con chicha encontrados en la huaca: “en los Majuelos me amarré las tripas y sin hacer aspaviento comí maíz que habíamos sacado de una huaca un maíz enterito, en mazorca, y como tostado de los siglos que tenía enterrado” (88). Páginas más adelante recuerda el mismo hecho: “Carajo, si en Los Majuelos hemos comido cancha, les decía yo, de nacer nace, si la almendra está sanita nace” (110). En la misma huaca encuentran un cántaro con chicha y la toman hasta emborracharse: “Metió el palito en el cántaro y probó, dulce, don Candelario, dulcecito. Yo no quería probar, pero era cierto, dulcecita la chicha. Ya no nos desprendimos del cántaro, entre juego y juego nos lo terminamos y borrachos nos fuimos al tambo de la Chirota Badaraco a seguir chupando” (110). O también comen alimentos encontrados en las huacas por equivocación. Candelario Navarro cuenta la anécdota en la cual Julio C. Tello junto con su cuadrilla comieron carne salada con una antigüedad de cientos de años cuando en un estado de distracción las puso en la olla donde se preparaba el rancho del día:

una vez en Paracas por equivocación le eché a los frejoles unas chalonas que habíamos sacado de una huaca, el doctor Tello comió tranquilito, hasta se palmeó la barriga de satisfacción, después fue lo bravo, cuando se puso a buscar las chalonas para estudiarlas, encontró que faltaban tres, tuve que decirle, ¡ay carajo!, me agarró del pescuezo, me quería matar, cuando ya me tenía con la lengua afuera, solito me fue aflojando, soltó la risotada el gramputa y me dice ¡Candelario!, ¿hemos comido esa carne?, ¿todos hemos comido?, ¿dime?, ¿ah, carajo?, ¿yo también?, ¡ah, carajo!, ¿y quién se ha quejado de cólico?, ¿nadie se ha quejado? (108)

En suma, la propuesta decolonizadora de Gregorio Martínez es epistemológica. Se resume en darle a la huaquería un rango de conocimiento sistemático y sofisticado que es de mucha utilidad para el desarrollo de la arqueología. Definitivamente, tiene rango de técnica que se aprende en una educación informal intergeneracional que también es revalorizada. Sin embargo, si entendemos por técnica toda aplicación de los avances del conocimiento humano a la solución de prácticas repetitivas de la vida cotidiana, queda demostrado que la huaquería es más que una técnica. El huaquero aprende su oficio a través de una educación informal. Candelario Navarro ha aprendido a huaquear por dos canales. Primero, la huaquería se ha practicado por cientos de años en su zona de origen. Desde muy niño ha aprendido a huaquear ayudando a los adultos. Segundo, el trabajo que ha hecho para arqueólogos, como Julio C. Tello, ha enriquecido sus conocimientos previos. Ha aprendido nuevas técnicas de excavación, clasificación y datación de la arqueología. Lo sorprendente es que en ambos casos el aprendizaje de esta sofisticada ciencia social ha sido hecho de una manera aural y visual, dejando de lado la escritura alfabética. Candelario Navarro no tuvo que recibir educación formal en un instituto o la universidad para ser un experto huaquero. Tampoco tuvo que leer libros, recibir clases en un horario estricto, escribir apuntes, repasarlos y dar exámenes y hacer prácticas en laboratorios de instituciones educativas formales como la universidad. También cumple todos los pasos de un procedimiento arqueológico para investigar una huaca. De este modo está aplicando una técnica que tiene como base un conjunto de conocimientos sistematizados sobre la huaca y que son fruto de la observación y experiencia. Como consecuencia inmediata, la persona que practica la huaquería es un profesional en el sentido de que recibe una cantidad de dinero por su labor. Como tal ha contribuido de manera anónima al desarrollo y consolidación de una ciencia que ha dado prestigio y bienestar económico a arqueólogos profesionales. Su contribución ha sido reconocida en la novela testimonial de Gregorio Martínez. Por último, a pesar de no haber viajado al extranjero, se ha dado cuenta de los cambios en la huaquería y las actitudes de los huaqueros, debido a la demanda del mercado global de artefactos arqueológicos.

**Obras citadas**

- Ángeles Caballero, César A. *Vida y obra de Julio C. Tello*. Intro., notas y selección de textos César A. Ángeles Caballero. Lima: Arteidea Editores, 2007. Impreso.
- Burger, Richard L. "Introduction". *The life and writings of Julio C. Tello: America's first indigenous archaeologist*. Ed. Richard L. Burger. Iowa City: University of Iowa Press, 2009. 1-4. Impreso.
- Carazas, Milagros. *La orgía lingüística y Gregorio Martínez: un estudio sobre Canto de sirena*. Lima: Línea & Punto, 1998. Impreso.
- Cornejo Polar, Antonio. "Profecía y experiencia del caos: la narrativa peruana de las últimas décadas". *Literatura peruana hoy: crisis y creación*. Eds. Karl Kohut, José Morales Saravia y Sonia V. Rose. Frankfurt/Main: Vervuert; Madrid: Iberoamericana, 1998. Impreso.
- Daggett, Richard E. "Julio C. Tello an account of his rise to prominence in Peruvian archaeology". *The life and writings of Julio C. Tello: America's first indigenous archaeologist*. Ed. Richard L. Burger. Iowa City: University of Iowa Press, 2009. 7-54. Impreso.
- De Sousa Santos, Boaventura. *Una epistemología del Sur. La reinvencción del conocimiento y la emancipación social*. Ed. José Guadalupe Gandarilla Salgado. México: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Siglo XXI Editores, 2009. Impreso.
- Emery, Amy Fass. *The anthropological imagination in Latin American Literature*. Columbia: University of Missouri Press, 1996. Impreso.
- Forgues, Roland. *Gregorio Martínez, danzante de tijera*. Lima: San Marcos, 2009. Impreso.
- Grosfoguel, Ramón. "Del 'extractivismo económico' al 'extractivismo ontológico': una forma destructiva de conocer, ser y estar en el mundo". *Tabula Rasa* 24 (2016): 123-143. Impreso.
- Lander, Edgardo, ed. *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO, 2003. Impreso.
- Marcone, Jorge. *La oralidad escrita: sobre la reivindicación y re-inscripción del discurso oral*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica, 1997. Impreso.
- Martínez, Gregorio. *Canto de sirena*. Lima: Mosca Azul Editores, 1979. Impreso.
- Martínez, Gregorio. *Crónica de músicos y diablos*. Hanover, NH: Ediciones del Norte, 1991. Impreso.
- Puente Baldoceca, Blas. *Poética narrativa en Canto de sirena de Gregorio Martínez: estilo, narración e ideología*. New York: Peter Lang, 2002. Impreso.
- Saona, Margarita. "Las aventuras sexuales de don Candelario. Las trampas de la masculinidad en *Canto de sirena* de Gregorio Martínez". *Poéticas de lo*



- negro. Literatura y otros discursos acerca de lo afroperuano en el siglo XX*. Ed. Richard Leonardo. Lima: Hipocampo editores, 2013. 105-114. Impreso.
- Tello, Julio C. “Descubrimiento histórico de los yacimientos arqueológicos de Paracas”. *Vida y obra de Julio C. Tello*. Intro., notas y selección de textos César A. Ángeles Caballero. Lima: Arteidea Editores, 2007. 248-256. Impreso.
- Valenzuela-Garcés, Jorge. “Canto de sirena de Gregorio Martínez y la estética de la novela posterior al ‘boom’”. *Acta literaria*, 57 (2018): 11-24. Impreso.